

Pignatelli de los grandes favores recibidos de Monseñor el obispo de Orvieto, le escribió desde Rusia significándole su gratitud y admitiéndole como bienhechor insigne á la participacion de los merecimientos de la Compañía.

Fue tal la alegría del prelado por este favor, que tomando la pluma, quiso manifestársela al P. General en una carta llena de ternísimo afecto, que voy á trasladar aquí palabra por palabra. «Reverendísimo Padre. — Doy mil gracias con todo mi corazón á V. Paternidad muy Reverenda por la áurea carta que se ha dignado trasmitirme, por medio del virtuosísimo y excelente P. Provincial Pignatelli. Lo he agradecido sumamente, pero mi deseo ha sido y es hacerme digno de lo que en ella V. Paternidad me presenta. Estimo, venero y amo al Instituto de San Ignacio, tan útil y provechoso á la Iglesia y á la sociedad. He hecho y hago por él bien poco; mas deseo muy de corazón poder hacer mucho, y no pretendo más galardón que el ver floreciente á la Compañía de Jesús instituida por San Ignacio. No veo que podamos esperar cosa buena de los tiempos que corren; pero yo con el corazón siempre participaré de los disgustos y consuelos que puedan caer al P. General por su amada Compañía. Rogaré siempre al Señor, que se cumplan mis deseos; y entretanto esperando sus respetabilísimas órdenes, me repito con obsequio profundo su muy humilde y obligado servidor. — JUAN BAUTISTA, obispo de Orvieto. — 29 de Enero de 1807.»

Cuando más suspiraba el P. Pignatelli por instituir las misiones volantes por los pueblos vecinos, vino á ofrecérsele ocasión propicia de poner por obra lo que deseaba; pues el cardenal Luis Valenti Gonzaga, obispo de Albano, le pidió algunos operarios, que se encargasen de evangelizar por los pueblos más abandonados de su diócesis y en particular por los de las marismas. El santo varón aceptó lleno de júbilo la propuesta, y destinó sin demora para aquel ministerio á los dos Padres que para tales casos tenía de reserva.

Pero antes de continuar, bueno será oír lo que acaeció al P. Pizzi, como lo refiere él mismo en un escrito de su propio

puño. Tenía el P. Pignatelli formado el plan de enviarle á las islas de Grecia, para que ayudara á los pocos Padres que habían quedado allí con el cargo de las misiones de Sira y de Tina; y llamándole al colegio romano, donde á la sazón habitaba, le hizo saber su resolución.

Espantado el P. Pizzi con la idea de empresa tan ardua, respondió algo bruscamente, que aquella misión, ya por el carácter de las gentes, ya por la dificultad del lenguaje, era en demasía trabajosa, y que él no tenía virtud ni espíritu suficiente para ella. Con tal impresión volvió á su aposento: y cuando por la noche se puso á examinar la conciencia ántes de recogerse, echó de ver el dislate, y arrepintiéndose; pidió humildemente al Señor le perdonase, y se propuso volver al día siguiente á su amado P. Provincial, retractar la inoportuna respuesta, y ofrecérsele para hacer cuanto quisiese, é ir á cualquier parte á donde tuviera á bien mandarle, aunque fuese al país más bárbaro y remoto.

No llegó el caso de ejecutarlo: pues el día siguiente el Siervo de Dios adelantóse á buscarle, y sin dejarle hablar, «Bien sé,» le dijo, «lo que el Señor os ha hecho conocer anoche en el examen de conciencia: ahora estáis en calma; y esta es la señal de que el buen espíritu habla á vuestro corazón; pero ayer era el espíritu de tinieblas el que en vos hablaba. Leed y estudiad las reglas que sobre esto nos dejó el santo Padre Ignacio en sus Ejercicios, y comprenderéis cómo habéis de dirigiros y dirigir á los demás.» — «Con estas palabras, que demostraban bien la luz superior, con que el P. Pignatelli había penetrado en mi corazón, yo,» añade el P. Pizzi, «quedé como una estatua; y no pude decir otra cosa, sino que estaba pronto á partir, aunque fuera en el acto.» No obstante, el Siervo de Dios mudó de plan, y no le destinó á la misión de Grecia, sino á la de la campiña romana, como compañero del P. Luis Mozzi.

Antes de enviarlos, les explicó detenidamente el método que deseaba guardasen así en el viajar y albergarse y tomar alimento, como en el predicar con fruto la palabra divina. Estaba con-

vencido de que, á imitacion de los primeros Padres, cuyo espíritu quería ver renovado y robustecido en la Compañía naciente, era indispensable que los misioneros predicaran con el ejemplo de vida pobre, austera y mortificada, y luégo entrase la fuerza de la elocuencia. Ordenóles, pues, que de un pueblo á otro fuesen siempre á pie y descalzos; que no llevasen dinero ni viático alguno, sino que de limosna recibiesen lo puramente necesario para sustentarse; que de noche se recogiesen en los hospitales; y donde no los hubiese, en los más pobres caseríos, y también por caridad; que pusieran su principal cuidado en catequizar á los niños, enseñándoles los rudimentos de la doctrina cristiana y preparándolos para la primera comunión; que se acomodasen en todas las cosas á la capacidad de los más rudos, y no se economizaran, ni perdonasen á fatiga ó padecimiento.

Pero en cuanto á esta última advertencia el P. Mozzi, ejercitado por muchos años en aquel ministerio, más había menester de freno que de espuela. Solo en una cosa disentía de lo prescrito por el P. Pignatelli, y era en el ir á pie y pidiendo limosna; y así fue, que con grande humildad y entera sumision le propuso de palabra y por escrito las razones que se le ofrecían en contrario, fundadas en la condicion de los tiempos, que, segun su dictámen, no eran los más á propósito para aquellas demostraciones. Mas el P. Pignatelli no varió: y por toda respuesta le dijo, que cuando se ama de veras la mortificacion y humillacion, todos los tiempos son oportunos.

Animados, pues, y fortalecidos con el mérito de la obediencia, y recibida la bendicion del Siervo de Dios, al anochecer del 26 de Enero de 1807 salieron ambos Padres de Roma, y á pie descalzo, con el hatillo al hombro, se encaminaron por la via ostiense hacia Prática, que fue el primer campo señalado á sus fatigas. Desde allí pasaron á Ardea, y luégo á Porto de Anzo, á Conca y á Nettuno, deteniéndose dónde ocho y dónde quince días y aun más, segun el mayor número de almas y la mayor necesidad de los pueblos.

Y si fuera este lugar á propósito para referirlo, daría á co-

nocer las numerosas conversiones de obstinados pecadores, la reconciliacion de los ánimos por largo tiempo desunidos con odios y escandalosas enemistades, las muchas restituciones, que con la gracia de Dios obtuvieron los dos fervorosos operarios en más de cuarenta días que duró aquella mision. Todo lo tenemos minuciosamente referido y escrito de su propio puño en una extensa relacion que enviaron al P. Pignatelli; pero baste decir que por doquiera arrancaron copiosas lágrimas de contricion; y en Nettuno fue tal la conmocion de los ánimos, que algunos jóvenes escandalosos en un ímpetu de fervor subieron al mismo tablado, que ocupaban los Padres, á pedir públicamente perdon de su mala vida pasada.

Acertaron á llegar en aquel tiempo en una nave de oriente muchos cristianos fugitivos ó rescatados de la esclavitud del turco; y todos quisieron asistir á los sermones y reconciliarse con Dios por medio de confesiones generales. Concluidos los trabajos del día, empleaban los misioneros largas horas de la noche en oír á los penitentes, que acudían á confesarse poco menos que en tropel; y no bastando los dos solos, hubo que disponer que de Marino fuese á ayudarlos el P. Juan Régoli, y de otros puntos varios sacerdotes seculares y regulares.

Solo el saber y ver el tenor de vida austera que observaban los Padres, movía en gran manera á las gentes, segun la prediccion del Siervo de Dios, y así lo escribía el P. Pizzi diciendo: «Ha sido de grande edificacion nuestra pobre comida: la cual consistía en una sopa siempre de viernes con otra cosilla insignificante, y por la noche un poco de leche para el P. Mozzi, y para mí un plato de achicorias, y alguna vez un par de huevos, sin beber jamás vino; y todo recibido por caridad.» Cuando salían de un pueblo dejaban constituciones y reglas, así para la conservacion del fruto y de la piedad, como para la enseñanza de la niñez y juventud, que encontraron en una grande ignorancia de las cosas más necesarias para el conseguimiento de la salvacion eterna.

No gustaba el P. Provincial Pignatelli que sus súbditos echados de Nápoles tratasen en Roma con los jesuítas, que, por una

razon ó por otra, no habían pasado á aquel reino para ingresar de nuevo en la Compañía. Por esta razon buscaba todos los medios posibles de alejarlos de ellos y reunirlos en pequeñas comunidades. Con esta mira se resolvió á admitir algunos seminarios, que varios obispos le ofrecieron. En el de Orvieto logró separar una parte del edificio, en donde colocó algunos de sus súbditos: y como ella no fuese bastante, alquiló y unió con crecidos gastos al seminario una casa contigua á él, y formó habitacion capaz de veinte sujetos, y acomodada al uso de una comunidad religiosa, proveyéndola de algun pobre ajuar y otros muebles necesarios. Indúciase tambien á esto el notar en los moradores del colegio romano algun disgusto de que habitasen en él por tanto tiempo como en casa propia los súbditos del P. Pignatelli.

Debiendo, pues, estos retirarse del colegio romano, y no pudiendo pasar á vivir en ninguno de los ocho seminarios que tuvo en otro tiempo la Compañía en Roma, alquiló por cincuenta duros la casita ó conventico de San Pantaleon de los montes, llamado Nuestra Señora del Buen Consejo, del nombre de la pequeña iglesia que tiene contigua: hallábase junto al puente Sixto en una callejuela desde la Suburra al Coliseo¹. No podía ser más á propósito para el objeto á que se la destinaba: pues en cortísimo espacio podían vivir en ella buen número de religiosos. Pasaban de veinte sus aposentitos, en que apenas cabían la cama y una mesa, aunque fuera de ellos no había, por decirlo así, un palmo de tierra en que dos juntos pudiesen dar cuatro pasos. Estaba con poco aseo y muy descuidada; y se gastó no poco en limpiarla, repararla y acomodarla al uso de los que la habían de habitar². Tenía su capillita interior con dos altares y Sacramento,

¹ El proyecto de tomar esta casa de San Pantaleon se lo propuso el abate Felici, que había sido jesuíta, y después volvió á entrar en la Compañía. (*Process. Rom.*, fol. 166.) Adquirióla por la mediacion de sus dos amigos el príncipe y senador de Roma Abundio Rezzónico y el caballero Juan Gherardo de Rossi; (*ibid.*, fol. 1157;) pero el Venerable no cerró el contrato sino después de haber obtenido la aprobacion de Pío VII. (*Ibid.*, fol. 166.)

² «La casa del Buen Consejo,» dice Gregorio de Micillis, «era digna

algunas piezas convenientes para refectorio y otras oficinas necesarias, y algunas que servían de hospedería para los que estaban fuera de Roma y venían á la ciudad.

Cuando estuvo ya todo dispuesto, el día 4.º de Marzo de este año de 1807, se trasladó á ella el P. Pignatelli, y á los ocho días habían pasado allá todos los que estaban en el colegio romano, es á saber, además del P. Pignatelli, los PP. Monton, Monzon, Mozzi, dos novicios sacerdotes y cuatro coadjutores novicios; y á poco se les juntaron el anciano P. Panizzoni y el P. José Doz, desde la niñez amigo del P. Pignatelli. Restablecióse en seguida perfectamente la vida de comunidad con su distribucion de horas para los ejercicios espirituales y otros actos comunes, y aun con algunas observancias exteriores, como la *pícola* ó mesa pequeña en el refectorio. Al mismo tiempo que no quiso obligar á ninguno á que le siguiese, siempre se mostró dispuesto á recibir á cualquiera que voluntariamente se ofreciese á vivir con él en aquella casa hasta que se ocupasen todos los aposentos¹.

El que para sí escogió el Siervo de Dios, tenía, como atestigua D. Luis Pancaldi², poco más de diez palmos en cuadro. Su ajuar consistía, segun asegura el mismo³, en una camilla baja y estrecha, una escribanía ó escritorio sin lustre ninguno, un estante muy pequeño y cuatro sillas. La única diferencia entre este cuartito y los otros se reducía á una abertura, que se cerraba con puerta y con llave: hizo abrir el Siervo de Dios esta ventanita en la pared que separaba el aposento de la capilla á él inmediata, para poder visitar al Santísimo Sacramento y hacer oracion ante él sin salir de la cámara y sin ser visto⁴.

de albergar solamente bestias. No obstante el Venerable la arregló á expensas suyas con tanto celo y simetría, que vino á ser una casita de buenas formas.» (*Process. Neapol.*, fol. 521.)

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 91.

² *Process. Rom.*, fol. 870.

³ *Ibid.*, fol. 880.

⁴ *Ibid.*, fol. 507.

La iglesia de nuestra Señora del Buen Consejo pertenecía á la Congregacion de este nombre, la cual la cedió sin dificultad á los Padres para que en ella dijese misa, confesase y predicase. Dispuso el P. Pignatelli que se diese principio á los ministerios con una mision predicada por el infatigable P. Mozzi á tal clase de personas, que no pudo menos de causar grande impresion en Roma. Por espacio de ocho días á determinadas horas se reunieron en la iglesia del Buen Consejo los galeotes ó presidiarios que se ocupaban en barrer las calles de la ciudad y en otras obras públicas, y cuya cárcel estaba cerca de dicha iglesia: en ella se les instruyó de todo lo necesario para hacer una buena confesion á fin de cumplir con el precepto de la Iglesia, y no quedó uno de ellos sin confesarse.

El día de San José, que era el nombre del P. Pignatelli, les dio por su mano la comunión á todos ellos en número de doscientos y cuarenta: fueron después introducidos en la pobre casita, en donde se les dio una buena comida, correspondiente á su condicion, sirviéndoles los PP. Pignatelli, Mozzi y otros, y participando del convite como unos setenta soldados que los escoltaban. Terminada la comida, el P. Mozzi y algunos otros los llevaron procesionalmente y rezando el rosario por las calles públicas á San Juan de Letran, para que ganasen la indulgencia de subir la escala santa; y con el mismo orden los condujeron á su cuartel ó cárcel, y en ella los dejaron consolados y llenos de inexplicable gozo y santa alegría, como ellos mismos confesaban, y, aun sin decirlo ellos, lo publicaban suficientemente sus semblantes y sus lágrimas¹.

De esta manera el Siervo de Dios en menos de un año, desde su llegada de Nápoles, no solamente vio á todos sus súbditos colocados en diversos sitios á propósito para conservar la disciplina religiosa y consagrados á glorificar á Dios en todos ellos salvando almas, sino que además se encontró establecida, sin saber cómo, una pequeña Provincia, bien ordenada, y repartida

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 112.

segun los diversos grados y diferente condicion de personas. Poseía en Roma una como casa profesa en este hospicio de San Pantaleon, á donde fue llamando tambien á los que, terminada la carrera de sus estudios, tenían que hacer la tercera probacion ó año de noviciado, á tenor de las constituciones. Tenía en Orvieto el colegio máximo, donde con excelentes maestros estudiaban los jóvenes la retórica, la filosofía y la teología; además el colegio de Tivoli, los seminarios de Amelia, de Sezze y de Anagni, las residencias de Marino y de Palestrina, y finalmente las misiones volantes, dispuestas siempre á ir donde las demandasen los prelados y pueblos. Separóse la Sicilia de lo restante de Italia por decreto del P. General, y tenía su Provincial aparte¹, con lo que el P. Pignatelli se veía libre de aquel gobierno, que tantas amarguras le costara: solo le quedó alguna superintendencia en las misiones de Grecia.

¹ Fue Provincial de Sicilia el P. Angiolini hasta fines de 1807, sucediéndole el P. Ruffo. El P. Angiolini quedó de Procurador General. (P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, mes de Noviembre.) Al P. Javier Ruffo sucedió en el provincialato en 10 de Setiembre de 1810 el P. Manuel de Zúñiga, natural de Alba de Tormes, que entró en la Compañía en 27 de Agosto de 1757 y murió en Madrid el 14 de Marzo de 1820.